

minio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgredada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «radiante palacio del Crucero.»

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco (*El Cruzado* y *El Poeta*), y dejó además una larga novela, *Amalia*, que es

de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande, y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sué, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en

breviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaíso; después de la caída de Rosas Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vertiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Río de la Plata (1866).

— *Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín (1868).*

— *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX (1865).* Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Caviendes (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

— *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires (desde 1767 á 1821). Con notas, biografías, etc., 1868.*

Añádanse las vidas de Franklin, Washington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaíso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina). *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del

América Poética, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho farrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un americanismo indulgente y mal entendido, que solía extravíarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus ver-

infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos.*

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo*, por Victor Gálvez (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo I, páginas 389-404).

sos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el período de expatriación, fué el malogrado publicista D. José Rivera Indarte, natural de Córdoba del Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey*

Baltasar, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar* de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías; pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exter-

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos* en los fragmentos de *El Peregrino*.

minio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgrefñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «radiante palacio del Crucero.»

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco (*El Cruzado* y *El Poeta*), y dejó además una larga novela, *Amalia*, que es

de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande, y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sué, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en

Mármol es el último poeta argentino de los que alcanza la *América Poética* de Gutiérrez (1), y puede decirse que con él se cierra el primer período romántico de la literatura argentina, por más que continuase pujante la imitación de Víctor Hugo en unos, y la de Alfredo de Musset en otros. Pero esta imitación se combinó con otras tendencias; se modificó luego por la lectura de nuevos modelos franceses, como Gautier y los *parnasianos*, y aun por influencias italianas más ó menos profundas; y aun fué rechazada de plano por algunos poetas jóvenes que, ora vuelven á tremolar la bandera americana de Echeverría, ora prestan culto á los eternos modelos del clasicismo greco-latino y de sus más puros imitadores españoles. Todas estas tendencias están representadas por ingenios de positivo mérito; pero no todos pueden entrar en el cuadro que vamos bosquejando, porque afortunadamente viven los más de ellos, y á la posteridad toca hacer justicia á sus esfuerzos y dividir entre ellos el codiciado lauro. Omitimos, pues, con harta sentimiento á poetas tales como D. Carlos Guido Spano, D. Ricardo Gutiérrez, y entre los más jóvenes, á D. Rafael Obligado, D. Calixto Oyuela, D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. M. García Mérou, y

la *América Poética* de Gutiérrez, puesto que la primera edición de Montevideo, 1846, es casi inasequible.

(1) Figuran también en esta célebre antología, pero no me parecen dignos de particular estudio, *Balcarce* (Florencio), *Cantilo* (José María), *Godoy* (Juan), *Inurrieta* (Manuel), *Pacheco y Obes* (Melchor): todos ellos (á excepción acaso del último), no eran poetas, sino meros aficionados. Don Luis L. Domínguez, autor de la composición *El Ombú*, y de otras verdaderamente notables, es uno de los tres poetas de aquella colección, que viven aún. Los otros dos son: el mejicano D. Guillermo Prieto, y el chileno don Eusebio Lillo.

otros que no habrán llegado á nuestra noticia; y sólo vamos á decir dos palabras de los que ya han rendido á la muerte el común tributo.

Al frente de ellos figura D. Olegario V. Andrade, uno de los poetas de más grandilocuencia y más robusto acento que ha producido la América del Sur. Sus defectos son palmarios, y de ellos no cabe excusa. Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroco de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo: la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica*, que los interpreta de un modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofisticado; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la versificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérboles, abundante en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de Mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las

montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.

Tuvo Andrade la ambición de los grandes asuntos, y no se mostró indigno de tenerla. *La Atlántida* y *El Prometeo*, capitales poesías suyas, demuestran esta aspiración elevada, y en parte la justifican. Es cierto que su saber era corto, elementales sus estudios, vagas y mal digeridas sus lecturas, confusas las nociones que tenía de la Naturaleza y de la Historia. Por otra parte, el periodismo, que es mala escuela poética, había viciado su gusto, educándole en la declamación ampulosa, en el verbalismo insustancial con que se compaginan los programas políticos y los artículos de fondo. No es imposible, ni mucho menos, que concurren en una misma persona la cualidad de poeta y la de publicista; pero será á condición de que el poeta se olvide del publicista y el publicista del poeta. Y por desgracia, en Andrade no acontecía así. Un poeta como él, dotado de grandes condiciones plásticas, nacido para la visión intensa de las cosas concretas, introduce á cada momento en su estilo, como chillona discordancia, el vocabulario abstracto, amanerado y marchito de la lengua parlamentaria y de los folletos de propaganda; y rima, sin darse cuenta de ello, las más enfáticas y prosaicas vulgaridades. Verdad es que lo mismo hacía Víctor Hugo en su última manera, convirtiéndose en gárrulo tribuno de la plebe, y no, como él imaginaba, en «pensador alado», en «boca del clarín negro», y en «nuevo Prometeo».

Disuenan, pues, en los versos de Andrade, generalmente armoniosos y viriles aunque incorrectos y plagados de asonancias, una multitud de expresiones que el dialecto poético no puede admitir, y más siendo tan

enfático y encumbrado como el que habla nuestro autor; porque no son de las que le enriquecen trayéndole nuevas formas y nuevos aspectos de la vida y una nueva y más íntima penetración de las cosas, sino de las que violan la esencia misma del genio de la poesía, poniendo en sus labios de diosa la jerga vil de las arengas de partido, de los brindis patrióticos, de los manifiestos electorales; la lengua lacia y mustia de los negocios, de las transacciones y de las polémicas, lengua que nada dice á los ojos, que suena ingrata en los oídos, y que con fórmulas huecas anula la espontánea vivacidad del pensamiento.

No tenemos que pedir cuentas al poeta de la falsedad intrínseca de muchos conceptos suyos, ni censurar, como en otra parte fuera justo y debido, el espíritu sectario á que rinde tributo; su filosofía de la historia superficial y enmarañada; su pomposo *latinismo* de raza, que viene á resolverse en un galicismo perpetuo; sus mil candideces democráticas; su incoherente simbolismo religioso. De todo esto ya dió cuenta D. Juan Valera en una carta tan ingeniosa y amena como todas las suyas (1).

Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su espléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropriamente llamado *Atlántida*, tiene, á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y sim-

(1) *Cartas americanas*, 1.^a serie (Madrid, 1889).